

Miguel Hernández y los poetas hispanoamericanos y otras páginas hernandistas

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH

Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2020, 312 pp.

Al hojear el libro que vamos a reseñar, lo primero que procede es señalar que está cuidadosamente editado. En la portada, la tipografía *art déco* encaja con la serigrafía del pintor Ricardo Zamorano, recientemente desaparecido. El resto de componentes materiales (papel, tintas, diseño, maquetación...) configuran un recipiente de calidad, que realza su contenido filológico.

Situándonos en el interior del libro, ya en el título y en el índice se nos anuncia que estamos ante una obra miscelánea, una recopilación de trece estudios de temas variados. Cinco son inéditos, y ocho se reeditan convenientemente revisados y puestos al día. Da cohesión al volumen un tema central, la poesía de Miguel Hernández, estudiada desde diversos ángulos. También contribuye a su cohesión la metodología aplicada por el profesor Balcells, largamente experimentada en sus anteriores trabajos sobre el poeta oriolano. No parece pertinente, pues, valorar este libro de manera aislada, sino como parte de un pro-

yecto que está en pleno desarrollo. Así podemos comprobarlo en la dilatada bibliografía hernandiana de Balcells que cierra el volumen.

En el prólogo, Aitor L. Larrabide, de la Fundación Miguel Hernández, sitúa al profesor Balcells entre los primeros de la generación de especialistas españoles, que en los años setenta del siglo XX inició el estudio de la obra hernandiana, en un contexto poco favorable, para dedicarse a un poeta silenciado y censurado por el régimen franquista. Así se explica el protagonismo de los hispanistas, que, desde fuera de España, podían investigar sin presiones ideológicas. Este fue el *statu quo* en el que Balcells empezó su dedicación a la poesía hernandiana, que mantendría durante toda su vida. Por eso es del todo justo y adecuado que Larrabide lo considere un “hernandiano fiel al rayo de Miguel Hernández”.

Inaugura el volumen el estudio “Vibraciones modernistas: Darío, Nervo, Herrera y Reissig”, que constituye una buena muestra de la meti-

culosa, experta y sensible metodología que utiliza Balcells. En este caso la aplica al análisis de la influencia de varios poetas modernistas hispanoamericanos en Miguel Hernández. Comienza cuestionando la posible influencia del colombiano José Asunción Silva, que ha sido planteada por algunos estudiosos con argumentos no muy sólidos. Mucho mayor fundamento tiene la influencia de Rubén Darío, en sus diversas etapas y modalidades poéticas. El joven Miguel Hernández, como no podía ser de otra manera, imitó los sonoros versos del omnipresente Rubén y salpicó sus poemas con homenajes a los tópicos del modernismo esteticista: “[...] que es tu cuello el de un cisme níveo y gallardo”.

En *El rayo que no cesa* (1936) Hernández alcanza su madurez poética, su propio estilo, por lo que la influencia de Darío es más episódica y de detalle. Pero persistirá en toda su obra poética, incluida su poesía de guerra. En ella no se inspirará en el modernismo esteticista, sino que recuperará al Darío más épico y comprometido, el que se yergue como defensor de la civilización hispánica frente a la anglosajona.

Amado Nervo, poeta modernista mexicano, es otra de las presencias persistentes en Hernández.

Balcells fecha esa influencia, compartida con Ramón Sijé, a partir de 1932, y la focaliza en la exótica temática hindú que Hernández conocería a través del poeta mexicano. Otra influencia discutible es la del poeta uruguayo Julio Herrera y Reissing. Balcells la somete a un exhaustivo escrutinio, partiendo del hecho de que Hernández dedicó a Herrera un “Epitafio desmesurado a un poeta”, datado en la primavera de 1936. Aunque el título nos lleve a relacionarlo con la famosa elegía a Ramón Sijé, enseguida percibimos que entre poeta y destinatario hay una vinculación emocional muy distinta, como se ve en el estribillo: “Quiso ser trueno y se quedó en lamento”. Tras un pormenorizado análisis, concluye que Hernández no manifestó un gran entusiasmo por la obra de Herrera. Por eso el “Epitafio” del oriolano es más bien un “cuestionamiento indirecto” de la poesía del uruguayo.

El estudio “Lazos mesoamericanos de Miguel Hernández: Guillén y Paz” analiza los vínculos entre el poeta oriolano y dos importantes poetas hispanoamericanos: el afro-cubano Nicolás Guillén y el mexicano Octavio Paz. El primero tuvo ocasión de trabar amistosos lazos con Hernández durante su estancia en la ensangrentada España de

1937. Guillén publicó una entrevista en una revista cubana, dándole un curioso título: “Un poeta en *espardeñas*. Hablando con Miguel Hernández”. Es evidente que al caribeño le sorprendió el rústico calzado que usaba Miguel, detalle significativo de la aureola de pastor poeta que tanto se le atribuyó.

Balcells se plantea si, además de una amistosa relación personal, Hernández y Guillén intercambiaron influencias poéticas. De manera más concreta, ¿*Viento del pueblo* pudo influir en el libro de Guillén titulado *España, poema de cuatro angustias y una esperanza* (1937)? Después de localizar diversas coincidencias textuales, postula que, cuando menos, se puede considerar esa influencia como “más que probable”. Por último, merece la pena consignar que Guillén siempre fue fiel a la memoria de Hernández, al que rindió homenaje en varias ocasiones. Se trata, pues, de una amistad tan corta como firme.

Otro de los retos es determinar si la poesía de Miguel Hernández pudo influir en la de Octavio Paz, o al revés. Ante todo, hay que partir de la base de que esas influencias fueron cronológica e ideológicamente posibles. Aunque el poeta mexicano, años después, repudiaría su primera etapa poética, libros

como *¡No pasarán!* (1936) son testimonio de su notoria militancia en favor del bando republicano, por lo que, durante su estancia en España, Paz debió de conocer *El rayo que no cesa* y *Viento del pueblo*. Otra conexión entre ambos poetas es la defensa del uso del romance como estrofa más adecuada y representativa de la literatura popular española.

Este tema del compromiso político permite a Balcells reorientar sus investigaciones hacia cuál fue el impacto ideológico del viaje de Hernández a la URSS en 1937. Al parecer, el poeta regresó a España no decepcionado, como André Gide, pero sí un tanto desilusionado de lo que vio, o mejor, de lo que le mostraron, ya que esos viajes estaban perfectamente organizados y controlados por los soviéticos. El viaje de Hernández a la Meca del comunismo quizá podría haberse analizado con mayor detenimiento, vinculándolo al tema de la asunción por parte del poeta oriolano de la doctrina artística oficial de la URSS y de todos los partidos comunistas del mundo. En su XV congreso (1928), el partido soviético, dominado por Stalin, había definido el llamado “realismo socialista” como única estética revolucionaria. Quedaba así desterrado el vanguardis-

mo que los bolcheviques habían apoyado en la época de Lenin. El suicidio de Mayakovski en 1930 fue muy simbólico en ese brusco giro. Ahora, el arte y la literatura tenían que ser una combinación de estilo realista y de temática revolucionaria. Los escritores, considerados “ingenieros de almas”, debían de servir a la causa con disciplina, sin individualismos “burgueses”. Este viraje tuvo enormes repercusiones, que marcarán la cultura del siglo XX. En nuestro ámbito, baste citar las entusiastas conversiones al comunismo de Pablo Neruda o Rafael Alberti, con la consiguiente adaptación de sus obras a los postulados del realismo socialista. Así pues, el caso de Miguel Hernández, situado en su contexto, nada tiene de aislado o excepcional, sino que es muy representativo de una coyuntura ideológica que afectó a intelectuales y artistas de todo el mundo y en especial a la España desgarrada por la guerra civil.

Bastantes de estos temas los trata Balcells en el estudio siguiente, que tiene por título “Influencias sudamericanas: González Tuñón y Neruda”. El primero de estos poetas es el argentino Raúl González Tuñón. Vino a España a principios de 1935, cuando ya era un reconocido militante comunista, autor

de poemarios fieles a las consignas del partido. Cabe destacar el más famoso: *La rosa blindada* (1936), de explícito subtítulo: “Homenaje a la insurrección de Asturias y otros poemas revolucionarios”. Balcells considera muy probable que este libro influyera en *Viento del pueblo*. Pero la influencia del poeta bonaerense sobre el oriolano fue ejercida sobre todo a través de sus largas charlas, casi diarias, que entretejieron una firme amistad. En diciembre de 1935, cuando González Tuñón regresó a Argentina, dejó a su amigo Miguel convencido de la necesidad de comprometerse políticamente. Y, cuando el argentino regresase a España en el verano de 1937, para tomar parte en el II Congreso de Escritores Antifascistas, se reencontraría con su amigo Miguel, entregado a la causa republicana, alistado como comisario político en el Quinto Regimiento, organizado por el partido comunista. Sus versos se convierten en armas de combate, que recita a los soldados en el frente. Esta actitud, cuando el bando republicano sea derrotado, lo llevará a las cárceles franquistas. En 1943, al otro lado del Atlántico, en la capital argentina, su amigo y mentor González Tuñón publicará una “Elegía en la muerte de Miguel Hernández”.

El estudio “Neruda en Hernández y Hernández en Neruda” detecta numerosas y significativas conexiones intertextuales entre estos dos grandes poetas. Estas conexiones son fruto de sus relaciones amistosas, que se iniciaron en Madrid, en julio de 1934. Entre las lecturas que compartieron cabe destacar la del poeta barroco Francisco de Quevedo. Balcells plantea la hipótesis de que fue Hernández el que animó a Neruda a leer más a fondo la poesía quevediana, que influirá en *Residencia en la tierra*, publicado por el chileno en 1935, cuando Hernández estaba componiendo *El rayo que no cesa*. Esta intensa y fecunda amistad no estuvo exenta de altibajos, en buena parte atribuibles a la presión del cada vez más tenso contexto político. Un atisbo de desacuerdo y de distanciamiento se produjo cuando Hernández, bajo la influencia de Ramón Sijé, criticó la poesía erótica de Neruda, por considerar que “hablar de lo más íntimo” era “impudor poético”. Es probable que detrás de todo esto hubiera una soterrada desavenencia política: Sijé evolucionaba hacia una ideología católica crecientemente derechista, mientras que Neruda reivindicaba la llamada “poesía impura”, es decir, comprometida, tendencia que

culminará cuando, en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, entre en el partido comunista chileno.

Hernández se encontró, pues, a merced de las contrapuestas presiones de sus dos mejores amigos y mentores. Cuando Sijé murió, desesperado, como se ve en su famosa elegía, experimentó un sentimiento de culpabilidad por haberse distanciado de su amigo oriolano por influjo del chileno. La amistad entre Neruda y Hernández se recompuso, al menos en su dimensión ideológica, cuando Miguel se adhirió al comunismo, mientras el chileno proseguía su acercamiento al comunismo. Balcells señala en las obras posteriores de Neruda sutiles alusiones y también significativos silencios. A veces “olvida” mencionar a Hernández en ocasiones en las que era pertinente y justo hacerlo. Es cierto que el chileno condenará la agonía carcelaria de Miguel, pero sin dar fe de su enorme categoría poética. En cambio, Hernández siempre hablará de Neruda con amistoso agradecimiento y sincera admiración. Balcells resume estas dos actitudes con la fórmula “olvidos y gratitudes”.

“Walt Whitman, Pablo Neruda, Miguel Hernández” es uno de los estudios del volumen más filoló-

gicamente polémicos. En palabras de Balcells, constituye un “desafío intelectual”, planteado por el poeta oriolano José Luis Zerón Huguet. En efecto, parece empresa destinada al fracaso buscar conexiones entre el padre de la poesía norteamericana y un emergente poeta español, ambos con trayectorias biográficas y literarias totalmente distintas. Con rigor no exento de fina ironía, Balcells va deconstruyendo el entramado de argumentos aportados por Zerón. Por ejemplo, la autenticidad es una característica demasiado genérica, que no solo aparece en la poesía de Whitman o Hernández, sino en multitud, por no decir en la inmensa mayoría, de poetas. Casi lo mismo podemos decir de la atracción por la naturaleza, o de la identificación con las clases trabajadoras, o del compromiso con las causas justas... Balcells da la vuelta a esta metodología condenada a la especulación y plantea otra muy distinta: la influencia de Whitman en Hernández sería indirecta, ejercida a través de escritores que hablaron del norteamericano, y de los que Balcells aporta textos para fundamentar su tesis: Rubén Darío, Unamuno, Neruda... Cierra este estudio reduciendo al mínimo las posibilidades de que Hernández accediera a Whitman a través

de Vicente Aleixandre, aduciendo que primero habría que dilucidar si el norteamericano influyó en el sevillano.

“China como referente” estudia las posibles influencias de la civilización china en la poesía hernandiana, en la que encontramos referencias a las llamadas “chinerías”, como la del “chinito coletudo”. El exhaustivo rastreo de Balcells demuestra que Hernández asocia China con el color amarillo, con el limón, y hasta con el higo chumbo. Como se ve, las referencias a China y al Lejano Oriente en general son tópicos y de detalle, lo que podemos atribuir al escaso conocimiento que en España se tenía de China, y más después de la pérdida de Filipinas en 1898. En cambio, la civilización árabe, más próxima cultural y geográficamente, influirá fructíferamente en la poesía del oriolano.

Este es el tema del estudio siguiente, “Del arabismo legendario a la casida”. En él se parte del rechazo del oriolano a los “moros” que formaron parte de las tropas franquistas, y a los que se atribuyó una conducta sanguinaria. Pero esta denuncia de unas tropas que tenían las mismas finalidades que las expediciones alemanas o italianas, no es óbice para que Hernán-

dez valore y se inspire en la literatura árabe, aprovechando las pautas del orientalismo romántico o modernista. En su “Oriental”, publicada en 1930 y ambientada en el imperio turco, aparecen los tópicos más característicos: harén, opio, lujo, sensualismo... El arabismo tradicional, vinculado a leyendas basadas en algún castillo o monumento, aparece en poemas como: “Motivos de leyenda”, “La Reconquista” o “El árabe vencido”. Igual que en las leyendas de Zorrilla o de Bécquer, en las suyas el arabismo ambiental se mezcla con una temática amorosa basada en los amores entre un árabe y una cristiana o entre una árabe y un cristiano. Mención aparte merece la “Casida del sediento”, compuesta en 1941 en la cárcel de Ocaña. Se trata de un desgarrado poema de amor, en el que se plantea crudamente, sin ropajes orientalistas, la imposibilidad de la entrega amorosa.

En “Algunas musas castellanas” Balcells estudia un tema en el que confluyen sus dos dedicaciones filológicas principales: Miguel Hernández y Francisco de Quevedo. Recordemos que el autor de *El Buscón* fue objeto de estudio de su tesis doctoral. Esta doble especialización le permite comparar a ambos autores desde una perspectiva

global, quintaesencia de sus dilatados conocimientos. Así supera la tradicional búsqueda de afinidades temáticas o estilísticas y la sustituye por un método de contraste entre ambos autores. Quevedo y Hernández tuvieron actitudes totalmente opuestas al ejercer su papel de intelectuales insertos de lleno en el contexto en que les tocó vivir. También manifestaron convicciones contrarias respecto a la mujer y el amor. En otro orden de cosas, la misantropía quevedesca, su acentuada desesperanza ante la condición humana son muy distintas de la visión que Hernández tiene de unas determinadas personas, a las que critica precisamente porque vulneran los ideales de una humanidad cada vez más fraternal. Por último, ambos poetas valoraron la naturaleza, pero desde ángulos distintos: Quevedo iba al campo a liberar su espíritu de las preocupaciones de la corte, mientras que Hernández dejó su huerto oriolano para instalarse en la capital, que lo acogió con escasa hospitalidad.

En “Miguel de Unamuno en Sijé y en Hernández” se analiza la influencia del pensador vasco en el poeta oriolano, a través de Ramón Sijé, entusiasta lector del pensador vasco. Sijé menciona a Unamuno en diversos textos periodísticos,

pero es en su ensayo *La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas* (1935) donde aparecen más y mejores referencias al vasco. Sijé se fija sobre todo en las lecturas que Unamuno hace de las *Rimas* de Bécquer, referente de su peculiar libro poético *Teresa* (1924). Es evidente que Hernández no conocía tan en profundidad la extensa y compleja obra de Unamuno. Por eso no hay que extrapolar el hecho de que en una carta lo llame “mi padre” o “nuestro padre”, para incluir a Sijé. Balcells compara las obras poéticas de Unamuno y de Hernández y extrae la conclusión de que “es muchísimo más acentuado lo que las diferencia que lo que las asemeja”. Pero hay algunas coincidencias de detalle atribuibles a la influencia del vasco en el allicantino.

“Elegía a Ramón Sijé” es una versión ampliada y actualizada de un comentario de textos del famoso poema, que el profesor Balcells publicó en 2001. Mantiene su vigencia porque se trata de un ejercicio con voluntad de convertirse en modélico, clásico, capaz de combinar el microanálisis de un vocablo o de un detalle con las síntesis globales y las interpretaciones de conjunto. También logra superar la tendencia a convertir el

texto en pretexto para lucubraciones que desarticulan el contenido del poema, su dimensión humana y emotiva.

“Miguel Hernández en Barcelona. Comentarios a una fotografía” trata de las circunstancias en las que Hernández y dos amigos suyos (Juan Arroyo y Antonio Aparicio) se fotografiaron juntos. Fue el 3 de enero de 1937 en Barcelona, con ocasión del traslado al cementerio de Montjuïc de los restos mortales del escritor y brigadista caribeño Pablo de la Torriente Brau, muerto en combate en la sierra de Madrid. Hernández le dedicó una sentida elegía de largos versos: “Pablo de la Torriente, has quedado en España y en mi alma caído...”, que sería incluida en *Viento del pueblo*. De acuerdo con las deducciones que Balcells extrae de la foto, esta se tomó en la céntrica plaza Cataluña, después de que los tres amigos hubieran asistido al sepelio de Torriente¹.

1 La fotografía fue reproducida en 2017 en *Paraíso. Revista de poesía*, como ilustración del artículo de José María Balcells. El lector interesado también puede acceder a ella en la exposición virtual de la Biblioteca Nacional: http://www.bne.es/es/Micrositios/Exposiciones/miguel_hernandez/Exposicion/Seccion3/Obra03.html?origen=galeria

“*Musa redimida*, versos de cárcel en la inmediata posguerra. Luz indirecta sobre Miguel Hernández” clasifica una parte de la poesía de Miguel Hernández dentro de un subgénero, el de la poesía de cárcel. La categorización de este subgénero comenzó durante la transición democrática, cuando la amnistía para los presos políticos era una de las reivindicaciones más populares. En este contexto, en 1976 el profesor Balcells publicó su antología *Poesía castellana de cárcel*. Era la primera aproximación filológica a un tema que, por desgracia, ha estado muy presente en la dramática historia de España. Obviamente, Hernández ocupa en él un indiscutible primer lugar.

En 1940, cuando Hernández se encontraba severamente encarcelado, el Patronato Central de Redención de Penas publicó una antología de poemas escritos por los presos, titulada *Musa redimida*. Estaba orientada a propiciar el arrepentimiento de los presos, con la promesa de que esta actitud les favorecería y acortaría su condena. Hernández, consciente de que su colaboración en la antología se interpretaría como una traición a sus ideales políticos, no quiso participar en esa operación, optando por expresar su dolor en el poema-

rio *Cancionero y romancero de ausencias*. Pero esta valiente decisión no fue la de otros presos. Germán Bleiberg, amigo del oriolano, optó por colaborar en la antología, sin convicción excesiva, pero suficiente para obtener una rebaja sustancial de su condena. Años después sería un conocido profesor de literatura, que recordamos sobre todo por su *Diccionario de literatura española* (1949). Otra opción fue la de Félix Paredes, escritor y periodista de tendencia anarquista, autor de numerosos textos y libros antifascistas. Uno de ellos se titulaba *Mientras aúlla la hiena fascista* (1938). Tanto tremendismo no fue obstáculo para que colaborara en la *Musa redimida*, en la que publicó un poema, de título elocuente: “Gratitud al Caudillo”. Como se ve, no todos los presos reaccionaban igual ante los cantos de sirena franquistas. La actitud de Hernández queda así mucho más realzada.

“Miguel Hernández en la poesía de Rei Berroa” señala los rasgos principales de la influencia del oriolano en el poeta dominicano y profesor universitario Rei Berroa, que dedicó su tesis doctoral al estudio de las prosas de guerra de Hernández.

“Miguel Hernández en el teatro de César López Llera” analiza la

obra teatral *En un rincón de carne cabe un hombre*, de César López Llera, profesor de literatura y dramaturgo que ha recibido diversos galardones. El título de la obra es un verso de Hernández, que es el protagonista. Sin pausas ni divisiones internas, se nos presentan diversas escenas del dramático encarcelamiento del poeta oriolano. Le rodean otros dos personajes: Cabro e Hipólito. Son ficticios y un tanto esperpénticos, pero resultan creíbles y representativos. El primero asume diversos papeles, todos negativos: desde el de Millán Astray, hasta el de Rafael Alberti, que es pintado huyendo de manera no muy heroica. Hipólito representa el anarquismo que, después de la guerra, colaboró con el franquismo. En la cárcel, su misión es convencer a Miguel para que abandone sus convicciones políticas, proponiéndole que participe en la revista carcelaria *Redención*, en términos muy parecidos a los que hemos visto anteriormente en el estudio de *Musa redimida*.

El último de los estudios del libro de Balcells se titula “Miguel Hernández ambientado en Orihuela y revivido en Miami” Se trata de una doble reseña. La primera es la del voluminoso catálogo de la exposición “La Orihuela de Miguel

Hernández 1910-1942”, que se llevó a cabo a finales de 2011, comisariada por E. Díaz, A.L. Larrabide y V. Sánchez Balaguer. La segunda reseña es la del volumen colectivo *Homenaje a Miguel Hernández en su centenario*, publicado en 2010 en Miami, coordinado por la escritora Maricel Mayor Marsán.

Una completa bibliografía hernandiana de José María Balcells cierra el libro que hemos reseñado. La ingente lista de libros, ediciones, estudios, artículos, prólogos, reseñas y divulgación acreditan su larga y fecunda dedicación a la poesía hernandiana, dedicación que sin duda seguirá dando nuevos frutos. Por eso podemos suscribir sus palabras: “La poesía hernandiana, que ya ha ganado el presente, también tiene trazas de que va a ganar el futuro”.

Joan Estruch Tobella
Universidad de Barcelona